

LA ANGUSTIA, LO SINIESTRO Y LA PROMESA

Resumen

El escrito pretende usar la metáfora bíblica de la creación para relacionar la angustia y lo siniestro en Freud, tomando como punto de partida la interpretación de un fresco de Miguel Ángel (la creación de Adán) para orientar el enlace angustia-siniestro-promesa, todo bajo el marco de las conferencias número 25 y 32 sobre la angustia y la dictada en 1919 sobre lo ominoso.

Abstract

The paper aims to use the biblical metaphor of creation to relate the anguish and the ominous in Freud, taking as a starting point for a fresh interpretation of Michelangelo (the creation of Adam) to guide the link anguish-ominous-promise, all under the framework of the conference number 25 and 32 on the anguish and ominous in 1919.

Julián Becerra

El dedo reposado de Adán, en la creación de Miguel Ángel, se contrapone al esfuerzo divino, que se estira y se eleva bajo un cúmulo de ángeles que le sostienen. El deseo del Creador es tocar el índice del hombre que reposa su cuerpo sobre una ladera y se ve cómodo en la tierra, Dios persevera en tocarlo, y éste le ofrece su índice. Proponiéndose llegar hasta él, en un esfuerzo colosal, el creador frunce su entrecejo y le toman los ángeles por los brazos; ahora está más cerca de su objetivo, vestirlo en su desnudez.

Daniel Ocampo Rincón



Miguel Ángel, en la Creación de Adán, nos permite reconocer al salvaje, desnudo, terrenal y descansado, en contraposición a lo púdico, celeste, decidido y dominador del creador, que aspira conectarlo todo y someterlo todo bajo la introducción de la promesa.

Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, reproduciendo en su creación una mimesis, un doble, que será para lo humano la representación de la contrariedad de su destino, pues será Dios mismo quien lo condene a muerte y le dé el carácter siniestro a su existencia. La angustia es la entrada a la dimensión de lo siniestro y es un elemento necesario para prometer. Así, Yavé Dios maldice a la serpiente: Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Andarás arrastrándote, y comerás tierra

todos los días de tu vida. Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, ésta te pisará la cabeza mientras tú te abalanzas sobre su talón. (Sagrada Biblia, p. 43)

Sentencia a la mujer:

Multiplicaré tus sufrimientos en el embarazo. Con dolor darás a luz a tus hijos, necesitarás de tu marido, y él te dominará (Sagrada Biblia, pp. 43, 44)

Y castiga al hombre:

Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que Yo te había prohibido comer: Maldita la tierra por tu culpa. Con fatiga sacarás de ella tu alimento por todos los días de tu vida. Espinas y cardos te dará, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado. Porque eres polvo y al polvo volverás. (Sagrada Biblia, p. 44)

La promesa del génesis se instaura sólo vulnerando la condición humana, relegándolos del paraíso y entregándoles la muerte (lo ominoso), posteriormente aparece la resurrección mediante la redención de Cristo, esta es la promesa original bajo la cual se fundamenta la religión Occidental.

Pero no, Cristo resucitó de entre los muertos. Un hombre trajo la muerte; un hombre también trae la resurrección de los muertos. Todos mueren por ser de Adán, y todos también recibirán la vida por ser de Cristo. Pero, a cada cual su turno: en un primer tiempo, Cristo; luego, el pueblo de Cristo, cuando él los visite. (Sagrada Biblia p. 268)

El mito bíblico es la metáfora que alude al paraíso perdido en el vínculo fusionado de la madre y el feto; la ruptura traumática y la condición de desvalimiento a través de la cual es expulsado al mundo, constituye la angustia y a su vez lo siniestro que se hará más fuerte conforme avance la vida.

En la conferencia número 25 sobre La Angustia, Freud la define como un estado afectivo que comprende descargas y sensaciones. Freud lo expresa como “el residuo de una reminiscencia” es la angustia primera de carácter tóxico, el acto de nacer.

Es el único en el que se da aquel conjunto de efectos de displacer, tendencias de descarga y sensaciones físicas que constituyen el prototipo de la acción que un grave peligro ejerce sobre nosotros repitiéndose en nuestra vida como un estado de angustia. La causa de la angustia que acompañó al nacimiento fue el enorme incremento de la excitación, incremento consecutivo a la interrupción de la renovación de la sangre (de la respiración interna). (Freud 1966 p. 312).

Contrario al miedo, que se focaliza en un objeto, y diferente al susto que representa una sorpresa inesperada, la angustia es un estado de espera y preparación ante circunstancias que representen un inminente daño para la vida anímica de los sujetos. Freud difiere entre una angustia real, igual al estrés moderno que aumenta y se desborda en respuesta al peligro, preparando al sujeto para una reacción de fuga, defensa, ataque o parálisis y una angustia neurótica, cuyas manifestaciones recibirán el calificativo en primer lugar de angustia flotante o espera ansiosa, la cual está dispuesta a adherirse al contenido de la primera representación adecuada bajo el carácter orientador del deseo.



DANIEL OCAMPO RINCÓN

DUELO DE TU AUSENCIA

Estefanía Marulanda Quiceno

Un soplo al viento para
encerrar un alma
quebrantada
por tus silencios que dicen
más que mil palabras.
Una desolada despedida,
inventa tu presencia
porque ni tu imagen hecha
carne es valiente.
Un beso al tiempo que va
construyendo
una historia que hoy es
nada más que el ayer;
Camino de escombros
interrumpen la mente
que desea tan sólo
suprimir las huellas de mi
piel.

Incesante perfume
destruye mis poros
convirtiéndolos en vacíos
tan profundos como la
tristeza misma.
Palabra maldita
arma blanca desteñida por
la ponzoña
que dividió en dos un
corazón sediento
del néctar de tus perfectos
labios.

Fuego impredecible de tu
abrazo
que atormenta mis
desvelos.

Cuánta falta haces en
estas noches de penuria,
llanto y desconsuelo.
Duelo de nunca acabar
devora mis pocas ganas
de sonreír

Ese es mi delirio:
el recuerdo de tu ausencia.

Su segunda forma, independiente de la primera, será la angustia que caracterice las fobias y se asocia a determinados objetos y situaciones, distinguiendo primero aquellas que tienen algo de siniestro, pues nos recuerdan un peligro y su reacción es comprensible pero no su intensidad; ejemplo el miedo a las serpientes. Un segundo grupo es aquel en donde se percibe el peligro pero lejano, lo suficiente para no tenerlo en cuenta como la probabilidad de viajar en un autobús y sufrir un accidente; y un tercer grupo que escapa a la comprensión, es decir, que carece de un peligro cuya amenaza lo justifique pero que presenta un intenso síntoma, marcando aquel sentimiento general característico de la angustia, el desamparo, el ejemplo cruzar una calle.

La angustia, siempre que se presente, tendrá un ignitor y cesará ante una descarga, de ahí su relación con la libido pues de su acumulación y obstrucción devenirá ésta. Por lo tanto, la angustia resulta del entorpecimiento de la descarga libidinal que es de naturaleza puramente somática, tiene su fin en lo real y puede o no estar acompañada de un síntoma, ambos se sustituyen y se revelan entre sí, como la cara de una misma moneda, cuando el contenido de las representaciones (imaginario) ha sucumbido a su representación (real), la angustia parece independiente del síntoma; sin embargo, subsiste de manera permanente oculta tras de éste. “Los síntomas no se forman sino para impedir el desarrollo de la angustia que sin ellos sobrevendría inevitablemente”.

Asumimos tres expresiones sintomáticas de la angustia: una angustia histórica que no reconoce representación en lo real; una

angustia obsesiva que se vale de ceremonias y rituales para encubrirse, y una angustia neurótica que busca escapar de las exigencias de la libido, porque es incapaz de tramitar su descarga. La causa primera de la neurosis no es otra que la conciencia propia de debilidad e impotencia -o el sentimiento de inferioridad, según A. Adler- cuando esta conciencia persiste en el sujeto más allá de la época infantil. (Freud 1966, p. 320) Si bien la angustia real tiene su fin en el carácter externo de los acontecimientos, la angustia neurótica muda el peligro externo a uno interno, y a manera de señal de alarma solicita la descarga libidinal.

En la conferencia 32, Angustia y Vida Pulsional, se resume lo ya planteado: la angustia es como estado afectivo la reproducción de un antiguo evento peligroso; la angustia está al servicio de la autoconservación y es una señal de un nuevo peligro; se genera a partir de una libido que de algún modo se ha vuelto inaplicable; lo hace también a raíz del proceso de la represión; la formación de síntoma la releva, la liga psíquicamente, por así decir; se siente que aquí falta algo que unifique los fragmentos. (Angustia y Vida Pulsional, p. 24)

Concluimos que la angustia responde a una exigencia pulsional y, de no hallar descarga, la represión como uno de los mecanismos de defensa se encarga de evitar sus efectos a través de un desgaste continuo de la representación, la cual el Yo es incapaz de tramitar, y en consecuencia reproducirá en un automatismo de placer-displacer con el fin de anticipar la satisfacción de la moción pulsional fortuita, llevando a cabo la represión.

Somos conscientes también que aquellos impulsos a los que obedece la angustia nacen del Ello, es decir, ésta no obedece solamente al carácter del Yo sino también a sus vasallajes, el mundo exterior, el ello y el superyó; de igual manera a medida que el sujeto se desarrolla se espera que sus antiguas condiciones de angustia sean desvalorizadas por el fortalecimiento del Yo, en función de escapar de la heteronomía que ha regido su vida psíquica y física desde el nacimiento; sin embargo, es de esperar que no todos los seres humanos sean independientes y que se resuelvan a regresar a estados infantiles del desarrollo, mostrando comportamientos angustiosos anticuados y ligados íntimamente a conductas pueriles.

El verdadero peligro de la angustia reside en el desborde de la moción



DANIEL OCAMPO RINCÓN



DANIEL OCAMPO RINCÓN

pulsional que, al no poder ser descargada, concluya en un evento altamente traumático, al fracasar los empeños del principio del placer por tramitarla.

La angustia tiene el carácter de una reminiscencia de algo familiar que se repite; es, como ya se había anunciado, la puerta a lo siniestro, pues contiene ese carácter dual de aquello que es velado pero que seguramente se revelará; también se espera que lo ominoso ceda ante la orientación de los sujetos en el mundo pues de la experiencia se espera desaparezca el carácter terrorífico de la incertidumbre.

En la conferencia de 1919 sobre lo ominoso, se emplea la palabra en alemán *unheimlich* (inhóspito) y *heimlich* (familiar) para designar el carácter dual de lo siniestro pues lo terrorífico reside en la reaparición de un elemento que se cree perdido.

La represión engendrada por la angustia se volverá contra su creador para evitar los efectos nocivos de esta sobre la vida psíquica de los sujetos. Sin embargo, en esta acción defensiva dejará una serie de rastros que darán luz, en algún momento, a dicho olvido. Así, la hipótesis de la reaparición de algo que se creía muerto otorga el carácter siniestro. La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios contiene metafóricamente los principios para la

aparición de lo siniestro, pues este doble celeste que promete una vida después de la muerte, asegura la vida psíquica de los sujetos al situar en este yo ajeno el lugar del propio, es decir, la promesa de la resurrección evita la aniquilación del Yo, pues supone seguridad en otro estado, uno no terrenal; no obstante, como se dijo antes, el carácter doble de lo siniestro se presenta frente a la contrariedad de lo que representa ese otro espiritual, pues no dejará de anunciar la muerte.

Este narcisismo primario, donde el sujeto sólo se reconoce a sí mismo, tiene un carácter animista pues el sujeto es al mismo tiempo objeto; a pesar de esto se espera adquiera otro contenido, que el yo se escinda a manera de crítico, plasmando contra el ideal del Yo los sueños no realizados, las posibilidades incumplidas, el desencantamiento del destino, por todas aquellos propósitos irrealizables debido a eventos externos poco favorables.

El carácter ominoso simbolizará al doble como lo oriundo perteneciente a estados previos del desarrollo pero que, ulteriormente, regresarán como lo frustráneo, “el doble ha devenido una figura terrorífica, del mismo modo como los dioses, tras la ruina de su religión, se convierten en demonios”.

Es necesario aclarar que no todo lo que recuerda iniciativas de deseo reprimidas tiene el carácter de ominoso, ya que lo siniestro tiene la característica de la repetición, del retorno de lo igual. Freud afirma que, en sentido estricto, lo ominoso nace de lo superado, por lo tanto, de la derrota o aserción de aquello que pretendemos es seguro, como nuestras reacciones afectivas primarias y la certidumbre del conocimiento científico. Hasta este punto, la angustia es como un breve flash que da la entrada a lo siniestro, bajo la aparición de dos condiciones: el doble y el factor de repetición. La promesa aparecerá para interponerse entre la angustia y lo ominoso.

Ovidio, en *El Arte de Amar*, hace referencia a su uso: no economices el prometer, que al fin no arruina a nadie, y todo el mundo puede ser rico en promesas. La esperanza acreditada permite ganar tiempo; en verdad es una diosa falaz; mas nos complace ser por ella engañados. (Ovidio, p. 14)

Se ponen en juego dos funciones de la promesa, una como mecanismo de engaño, y la otra como dilatadora del tiempo; pese a esto, aunque su contenido sea vacío se presume anuda a los sujetos puesto que existe quien penda de un hilo, por lo tanto se instaura como una lucha contra la persistencia del tiempo, contra el olvido.

La palabra promesa viene del latín *promissus pro(antes) missus* (participio perfecto de *mittere*=enviar).



DANIEL OCAMPO RINCÓN



TOMADA DE GOOGLE

Las palabras prometer, compromiso y comprometido tienen esta misma génesis. El verbo *mittere* significa arrojar, salir. La promesa es algo que se dice antes de irse (como voy a volver) o de enviar algo (el cheque está en el correo). Es por añadidura un acuerdo previo que se hace con el fin de conseguir algo, fundamenta en la confianza de poder esperar algo de otro e instaurada bajo una necesidad afectiva y, por lo general, sobre un supuesto de pérdida.

La promesa siempre será, de manera inconsciente, asistida por el carácter de las pulsiones una lucha por regresar al estado homeostático inicial, al jardín del Edén, al vientre materno, al paraíso perdido; de ahí la relación bíblica del retorno a la gloria de Dios, y la promesa de todas las sectas religiosas de un cambio contiguo a la muerte. Sea paz o gloria, las promesas ultra terrenas tienen un carácter positivo de trascendencia y uno negativo que presume consecuencias, sin importar que se ejecuten; de hecho, lo decisivo es que el peligro amenace de afuera.

La promesa se relaciona con la falta, prepara contra lo inesperado, busca reducir la tensión y toma la palabra como prenda de garantía hasta el punto de desplazar el lugar que ocupa la vida del sujeto por el espacio simbólico.

La promesa, al igual que el progreso, representa una resistencia contra la regresión, contra el retorno de lo Sinistro. Cabe destacar que este uso de la palabra, como fuente primaria del pacto, desvirtuaba a la mujer como acreedora de la misma, tanto en las Escrituras como en la Grecia antigua, donde todo acto adquiría valor en presencia de los pares. La mujer era segregada del espacio público, lo que daba predominio a la expresión del hombre para pactar. Sólo se reivindica el derecho de la mujer en lo jurídico, pero al mismo tiempo que los juramentos dejan de ser acuerdos versados en la voz.

Se introduce un tercer elemento que valida y reivindica lo plasmado, el Estado; ahora las formaciones discursivas contendrán un tercer elemento que se encargará de hacer cumplir el trato. El claro ejemplo de la pérdida del valor de la palabra como prenda de garantía deviene una vez más de las Escrituras.

Moisés baja del monte Sinaí con las tablas de la ley que contiene escritos los mandamientos de Dios para el hombre. El espacio simbólico de las promesas contiene ahora por deber objetos de intersección, vínculos que en muchos casos deben

validarse en verdaderas representaciones como la cruz, las letras, los pagarés, los cheques, los códigos civiles, las convenciones sociales. Todos en menor o mayor medida pretenden asegurar un vínculo que permita el reconocimiento del otro.

A manera de conclusión, aunque nos complace ser por ella engañados, hay algo que no engaña y es, como expresa Lacan, la angustia, porque en la relación con el deseo del otro desconocemos qué lugar ocupamos.

REFERENCIAS

- Freud, S. (1919) Conferencia XVII, Lo ominoso.
 Freud, S. (1932-1936) Conferencia XXII Angustia y vida pulsional.
 Freud, S. (1916-1917) Conferencia XVI La angustia.
 DeVore and Sons, Inc. (1990) La Sagrada Biblia.
 Ovidio (2 ad C). El arte de amar. Recuperado el 23 de agosto de <http://189.203.32.10:8086/portalcobach/biblioteca/libros/Ovidio%20-%20El%20Arte%20de%20amar.pdf>